



En el reino de la sierra de los Andes, en el valle del Callejón de Huaylas, vivían los dioses. El dios supremo, Inti (el sol) tenía una hija llamada Huandoy. Huandoy era tan bonita como una tierna y fresca orquídea. Su padre pensaba casarla para toda la eternidad con un dios de belleza similar y sus mismas virtudes. Pero en el corazón del valle, en el poblado de los Yungas, vivía un gentil y valiente príncipe mortal, llamado Huascarán, que se enamoró profundamente de la bonita Huandoy. Ella correspondía al amor del príncipe. Se encontraban a escondidas, eran felices y sentían una gran pasión y ternura el uno por el otro. Cuando el dios padre se enteró de los amores entre su hija y el príncipe mortal, le suplicó que le dejase, que vivir con un príncipe mortal no era conveniente para una diosa. Pero la pasión de los jóvenes era superior a las súplicas del padre, a sus consejos y sermones. Tan grande fue la rabia que sintió el dios supremo, Inti, ante la fuerza del amor de su hija con un mortal, que maldijo esta relación y les condenó hasta la eternidad a vivir separados. Y los convirtió en dos grandes montañas de granito y las cubrió de nieve perpetua para calmar su ardiente pasión. En medio de las dos montañas situó un valle estrecho y profundo para que estuviesen totalmente aislados. En su furia, el dios padre, elevó las montañas a una altura majestuosa, con el fin de que los príncipes se pudiesen ver, pero nunca más se llegasen a tocar. Los enamorados lloran su dolor, funden gota a gota la nieve que les cubre y sus llores de amor se unen en un lago de color azul turquesa para toda la eternidad. Este lago recibe el nombre de Llanganuco y lo encontrarán si un día van al Perú, a una altitud de 3.400 metros sobre el nivel del mar. Las montañas que llevan el nombre de los príncipes Huandoy y Huascarán, tienen una altitud de 6.560 metros y 6.768 metros, son las montañas más altas del valle y de todo el país. Y leyenda contada leyenda acabada.

